

TU HIJO NO SERA RIMBAUD

MANUEL VICENT

ESOS muchachos que en plena pubertad se empujaban hasta la ceguera total, se atracan de anfetaminas con anís, se empolvan el gañote con cocaína adulterada, se ponen el pellejo como un coladero a pinchotazo limpio o sucio y se msten en el cuerpo cualquier sustancia, desde gasolina con optalidón machacado hasta cáscara de plátano con acetona de limpiar las uñas, nunca serán tan brillantes y malditos como Rimbaud. Aquel poeta nihilista y absurdo es el patrón desconocido de los jóvenes drogadictos que, sin embargo, a los quince años no serán capaces de escribir el poema a Ofelia, sino de asaltar simplemente la farmacia de la esquina para llevarse a su guarida llena de calcetines sucios y olor a tocino podrido una carga de imaginación química. Hoy el nihilismo se vive con más rigor, se apura hasta las últimas consecuencias. Nadie escribe versos.

Los padres de cuarenta años, cultos y paranoicos, esperaban a pasar de todo que su hijo le saldría campeón de natación o alpinista vegetariano. Habían vertido sobre sus criaturas todos los traumas de la falta de libertad, nunca se habían atrevido a dárles una bofetada, podaban los instintos del niño desde la cuna con un mimo de suaves tijeras de rosál y pensaban mi hijo querido será alto y rubio, sano y fuerte, inteligente y libre, echará octavillas contra los tiranos, escribirá panfletos en favor de la democracia y poseerá todo lo que ellos no habían tenido, un padre liberado que dejará que se masturbe a sus anchas sin amenazarle con una tuberculosis o con una esquizofrenia. Y como la naturaleza es reglamentaria, aquel padre culto y paranoico esperaba que se vería recompensado con un campeón de natación, con un alpinista o con un jugador de rugby. Pero hoy se vive un absurdo científico.

Imagínese el susto de este buen hombre cuando un día observó que su tierno descendiente volvía a casa con las pupilas dilatadas, el pelo teñido de azul y calabaza y un pendiente engarzado en la oreja. Resulta que aquel chico tan tímido, que tomaba la sopa sin hacer ruido y se lavaba los dientes todos los días estaba metido en un mundo alucinado y

compartía las horas libres con los camellos. El buen padre culto y paranoico pensó que aún había solución. Su hijo podría sacar del éxtasis maldito de la pubertad, de aquellas pesadillas y sueños en un nido en llamas, una experiencia radiante para escribir poemas sinceros, de amor anarquista, como lo hizo Rimbaud. Después de todo, Baudelaire también se drogaba. Verlaine acababa todas las noches en el cubo de la basura. Una estirpe de santos y creadores se ha esmerillado la percepción con pócimas, los indios peruanos viven cien años mascando coca y San Juan de la Cruz le dio a la caza alcance a base de miel con cañamón. La locura es la santidad de la inteligencia. Pero ahora no existe escapatoria.

Hoy el nihilismo y el absurdo no es tan productivo, al final de esta incongruencia juvenil no hay un poema maldito, sino una muralla de hormigón. No se trata de bajar al infierno para poder escribir después un verso simbolista o experimentar una sensación de metafísica neurótica. Hoy la juventud busca el infierno por sí mismo, sin otro interés que el infierno propiamente dicho. Fue en estas circunstancias cuando aquel progenitor democrata recibió la carta que le convocaba a una reunión escolar de padres de alumnos.

Era la primera vez después de veinticinco años que pisaba de nuevo un Instituto de Segunda

Enseñanza. Vio primero una explanada mugrienta enjaulada con tela de gallinero, en el suelo había un deshecho miserable como si acabara de pasar una manada de búfalos consumistas y los muros estaban pintarrajeados hasta la altura de la brocha de blasfemias políticas, insultos alquitranados, burradas estúpidas. En ese momento salía de cada aula una estampida brutal de púberes frenéticos con la cara llena de granos y los pasillos comenzaron a oler a ganado lanar. Aquel padre era un señor muy fino. Recordaba los campos de terciopelo verde bajo los tilos y sequoias de la Universidad de San Diego, de California, donde había estudiado un curso de Filosofía en el año 1965, cuando la rebeldía estudiantil comenzó a fraguarse y la razón práctica de Marcuse ya se aplicaba a las conductas. Entonces también el hashish era una mística, una forma de romper el engranaje y zafarse del mecanismo del capitalismo a bordo del paraguas de Mary Poppins. Pero creía estar en lo cierto al pensar que aquella rebeldía era más limpia, tenía un sentido. Tumbarse en el asfalto y desafiar la porra de los guardias, estrellar la cabeza contra el escudo de la represión y apedrear ventanas era también una clase de filosofía, que servía para algo. No era una autodestrucción; una mugre violenta como este manicomio.

El buen padre liberal se sentó

a mi lado en la reunión escolar. En aquel momento se oía un griterío muy bestia fuera de las ventanas. Por los alrededores del Instituto, los camellos, con una impune familiaridad, vendían chinas, hierba, cualquier clase de mierda a los muchachos de la transición como se colocan entradas de reventa para el paraíso o se monta un tenderete de pipas. En un aula destartada se estableció un corro de profesores y padres de alumnos en una especie de terapia de grupo, todos con el trauma puesto mientras sonaba un horrible petardeo de motocicletas con el tubo de escape trucado.

Los profesores ponían una cara desvalida. Los padres ponían una cara desvalida. Nadie comprendía nada. Alguien comenzó a decir que estos chicos no saben lo que quieren, que son sucios, díscolos, indisciplinados, que no atienden en clase, que tiran papeles en el suelo, que viven sin un solo proyecto. Los profesores hablaban de aquellos alumnos como si fueran niños de cinco años, unos pequeños animalitos insolentes, incongruentes. Sonaba a broma. Sobre todo cuando el padre ejemplar sentado a mi lado, que ya había llegado a la convicción de que su criatura nunca sería campeón de natación ni tampoco un poeta maldito como Rimbaud, dijo que él se conformaba con no descubrir a su hijo una navaja cabritero en el bolsillo y que la Policía no le sorprendiera con que había asaltado una farmacia para robar estupefacientes. El con eso se daba por satisfecho. Preguntó si los profesores podían hacer algo. Por otra parte, se proclamó lo suficientemente lúcido como para no tratar de entender a su querido hijo. Ya puesto en plan confidencial, un profesor de barba inconformista contestó que él también se daba por contento si los alumnos no lo apaleaban. Y así, todo seguido.

En el siniestro caserón se había estancado un mórbido olor a porro. Los pasillos, las aulas estaban vacías, de modo que las preguntas sin respuesta, los suspiros paternos, los lamentos de aquel corro psiquiátrico tenían una resonancia un poco alucinante. No es extraño que aquellos padres salieran hacia el polvoriento descampado con el corazón encogido. ■

